“Cita en Notre-Dame.”

Vicente Ferrer Andrade / Roxana Andrade Avilés

(26/11/2013)

Contacto:

Celular: 5519197305

ferrer_vicente@hotmail.com

PERSONAJES.

Antonieta Rivas Mercado 30 años; Mexicana.

París, Francia; 1931.

I. El comienzo del día.

Antonieta esta recostada en el suelo, dormida. Se aprecia un cuarto de hotel, decorado en forma modesta. Viste un fondo de color negro. Comienzan a escucharse voces que le dicen: “Serás María Antonieta.”, “Serás enfermiza.”, “Serás consentida de papá.”, “Serás la responsable.”, “Serás la fea de la familia.”, “Serás la puta.”, “Serás loca.”, “Serás nuestra.”. Se escucha un acorde de piano. Antonieta despierta sobresaltada. Se hinca y comienza a rezar el Padre Nuestro, cada vez en forma más frenética. De pronto, guarda silencio. Poco a poco se tranquiliza. Toma un pequeño cofre que está a un lado de ella.

Amar es una angustia, una pregunta,
una suspensa y luminosa duda;
es un querer saber todo lo tuyo
y a la vez un temor de al fin saberlo.

Antonieta abre el cofre. Lo deja de lado. Se escucha de fondo el Concierto para Violín No. 2 Opus 27, de Gustav Helsted. La habitación comienza a iluminarse con las primeras luces del día.

Falta poco para que José venga a tocar la puerta... Anoche quedamos en desayunar juntos. Debo ser muy cuidadosa, no debe sospechar nada. Si me descubre, hará hasta lo imposible por hacerme cambiar de idea, y no estoy dispuesta. Es lo mejor para todos... Quiero ir hasta las últimas consecuencias...

II. París, siempre París.

Antonieta se pone de pie. Comienza a dar pasos de ballet, al compás de la música.

Cuando bailo me siento tan libre, es como volar... Pude tener una carrera exitosa en la Ópera de París... pero Papá no estuvo de acuerdo. Me cortó las alas de golpe. No quiso dejarme sola, siendo tan niña, con sólo nueve años... (Se detiene, la música cesa). No lo culpo. Mi familia es muy conservadora...

Siendo honesta, le doy las gracias por su decisión. Eso me hizo sentir muy amada... Además, la carrera de bailarina es muy corta. Ahora sería una maestra de ballet más. ¡Qué aburrido!... Gracias a su negativa, descubrí otras cosas más interesantes, como viajar. Siempre me ha gustado.

Se escucha de fondo un acordeón.

Cuando vi París por primera vez, quedé maravillada. Fue como abrir la puerta a un mundo completamente desconocido para mí: los museos, los eventos artísticos, la música. Se respiraba arte por todos lados... Papá ya conocía la ciudad, él hizo una buena parte de sus estudios aquí. Le fascinaba la vida cultural, nunca perdió su capacidad de asombro ante las nuevas propuestas. Bueno, casi todas, el cubismo nunca le gustó, pensaba que era una porquería (*Ríe*)... No cabe duda, aunque pase el tiempo, París seguirá teniendo su encanto...

Cesa la música. Aparece un reclinatorio. Antonieta toma de un perchero una fez. La coloca en su cabeza.

III. Papá.

“A mí no me importa que no tengas la piel rosita, ni los rasgos finos como Alicia. Me gusta que hayas sido mujer, y no varón... A tu madre le faltaban tres semanas para el término de su embarazo. Al final, todo salió bien. Naciste sana, y eso era lo más importante. Decidí llamarte Antonieta, a pesar de que tu madre no estaba de acuerdo. Le parecía *muy afrancesado* y poco católico... Tuvimos que conciliar, y darte por nombre *María Antonieta Valeria*, pero para mí, siempre has sido, y serás Antonieta. Eres una mujer del nuevo siglo, diferente a las demás...”

Transición.

Papá... Sigues siendo mi más grande orgullo. Siempre tuve tu apoyo incondicional... Bueno, menos cuando quise casarme con *Albert Blair* a los cuatro meses de conocernos. Me rogaste que esperara a que cumpliera

dieciocho años, por lo menos. Pero no te escuché... No estabas del todo de acuerdo por tus creencias, pero no lo impediste.

Mis hermanos y yo pasamos por situaciones muy difíciles. La Revolución se nos vino encima, no pudimos escapar a tiempo... Aún recuerdo aquel día en que los soldados de *Lucio Blanco* entraron armados a la casa, y tú los enfrentaste. En ese momento, pensamos lo peor. Nos tuvimos que esconder en el sótano de nuestra casa, temblando de miedo, temiendo que nos fueran a matar... o a violar a las mujeres. A pesar de que tú también tenías miedo, no flaqueaste... Al final, lo más gracioso es que ellos sólo querían usar el patio para aprender a marchar en redondo, a dar vueltas sin perder la cadencia del paso... Me convertí en la nueva Dueña y Señora de la casa, gracias al abandono de mi madre. Eso implicó llevar las cuentas de la casa, vigilar las rentas y cuidar la educación de mis hermanos menores... Pensabas que sobre mí recayeron responsabilidades que no me correspondían... Pero yo lo hice con gusto, eso me daba una posición privilegiada, a la cual nunca quise renunciar. Mis tías nos criticaban todo el tiempo, porque me dabas rienda suelta para hacer lo que se me diera la gana, y no te oponías a mis decisiones. Me acusaban de ser soberbia... *pero es una mala costumbre adquirida el que lo traten a uno excepcionalmente bien.*

Para mí, siempre serás *el mejor arquitecto del mundo*, y mi Ángel Guardián. Cada una de tus obras fue un reto. La casa de la calle Héroes, el Teatro Juárez de Guanajuato, el Palacio Municipal de Tlalpan... Y lo mejor de todo, es que salías adelante. Nunca te venció la adversidad... Pero tu obra favorita siempre fue el Ángel de la Independencia. Te molestaba que usaran ese nombre. (*Finge la voz*) “¿Qué no ven que se trata de una victoria alada?” (*Vuelve a hablar con voz normal*) Tu “victoria alada” te dio muchos dolores de cabeza. Recuerdo que todo tenía que estar perfecto para el Aniversario del Centenario de la Independencia... Y a pesar de los contratiempos, tú, *Antonio Rivas Mercado*, terminaste tu *obra cumbre*. El día de la inauguración estábamos felices y orgullosos de ti. Nunca podré olvidar tu cara de “oso satisfecho”. En ese momento, fuiste el hombre más feliz del mundo, de eso

no me queda la menor duda... Eres uno de mis más grandes amores. ¡Qué afortunada he sido!

IV. Cristina.

Antonieta saca unos guantes de una bolsa de mano. Toma del perchero un vestido, mientras canturrea. Se proyecta la sombra de un vitral en el piso.

Mi madre... A ella no le gusto. Imagino que me deseó la muerte desde que habité en sus entrañas. Le causa mucho placer verme en dificultades... Siempre lamentándose... *por qué no fue varón... por qué no fue varón...*

Se pone los guantes y el vestido. Transición.

“¡María Antonieta! Creí haberte dicho que te fueras a dormir temprano... Siéntate derecha, mantén las manos en el regazo... ¿Por qué no eres como tu hermana? No eres más que una niña caprichosa. Tendrás que aprender a ser más prudente...”

Antonieta se quita el vestido. Transición.

Madre, ¿por qué me rechazabas? Siempre preferiste a Alicia, *la más bonita*. Supongo que te ves reflejada en mí, y no te gusta. Para ti, es más cómodo guardar las apariencias, cuidarse del qué dirán, y de las murmuraciones de la gente. Es gracioso: durante mucho tiempo me juré que jamás seguiría los pasos de *Doña Cristina Castellanos*, y en cierto modo, he repetido parte de tus errores... Papá sufrió mucho con tu desamor. Puedo entender que no te sintieras satisfecha de tu matrimonio... ¿pero dejarlo todo por seguir a tu amante, y abandonar hasta a tus hijos?... (*Se queda pensativa*) Siempre me has reprochado que sea tan rencorosa, pero no puedo olvidar tu frialdad, tu abandono... Siempre alegas que sufriste mucho en Europa con la guerra, que te quedaste atrapada... ¿Y antes de eso, qué? ¡Te revolcaste todas las veces que quisiste con mi tío Fernando! A veces me das lástima. Al final, lo perdiste todo, y te quedaste sola. Eso sí, sin perder tu altivez... Ni siquiera en el funeral de Papá...

V. *Albert.*

Se escucha el sonido del viento, que va cobrando importancia. Aparece la silueta de un hombre adulto. Antonieta se acerca a ella con recelo. Vuelve a ajustarse los guantes. Se retoca el peinado. Aparece una cruz de gran tamaño en la pared.

Quiero separarme de ti, *Albert*. Me queda claro que lo nuestro no funciona, por más empeño que ponga de mi parte. No voy a repetir la historia de mis padres, ni de mi hermana Alicia... Soy fiel a mis ideas, a pesar de tu censura y la de algunos miembros de mi familia. Ese ha sido tu más grande error. ¿Crees que puedes moldearme a tu modo de pensar? Yo estoy hecha de otra madera, soy un espíritu libre, y no me puedes encadenar a ti... Es ridículo, los americanos y los ingleses son muy proclives a la igualdad entre hombres y mujeres, a que tengamos el derecho a votar, a decidir, a trabajar, pero en cuestiones de matrimonio, son igual de machistas que los mexicanos... Eres mitad inglés y mitad americano. Conclusión: *doblemente machista*. Me conoces desde niña, ¿de verdad crees que puedo convertirme en la “santa mujercita” que debe quedarse en casa, con la única obligación de atender al marido y a los hijos? Ahora lo veo claro: nunca estuve enamorada de ti. Me deslumbraste. Eso fue... Y cuando se te ocurrió la “brillante idea” de llevarnos a Toñito y a mí al rancho que los Madero tenían en Coahuila... ¡Ay, Dios!... Sabes que traté de adaptarme a vivir en ese lugar... pero me rebasó. La misma rutina todos los días, el calor, el polvo, sin tener nada que hacer... No, no, no... Pagué un precio muy alto por seguirte... ¡Quemaste mis libros, alegando que eran instrumentos del demonio! ¡Ignorante!... Pero la gota que derramó el vaso, fue cuando Toñito se enfermó. Eso acabó con la poca paciencia que me quedaba, y me largué de inmediato de ese asqueroso lugar, junto con mi hijo, para no regresar nunca... Al final, te has convertido en una copia fiel de tus padres, dominado por el fanatismo religioso. ¿Cómo pudiste cambiar tanto en tan poco tiempo? O tal vez, siempre has sido así. A estas alturas, francamente ya no lo sé.

La silueta del hombre cobra más importancia, lo mismo que el sonido del viento. La silueta empieza a perseguir a Antonieta. Ella trata de huir.

Transición.

“¡Me engañaste! Yo creía que tú eras mi mujer ideal, que lo teníamos todo juntos. Yo te amo por lo que significas para mí. ¿Quieres tu libertad para irte a la cama con otro? ¿Con quién andas? ¡Eres una cualquiera! No te vas a librar tan fácil de mí. Vas a ser desgraciada si sigues siendo tan egoísta. ¡Sólo piensas en ti! Mientras no sueñes en hacer un hogar para Donald no habrá manera de que seas feliz. Ese será tu castigo.”

Transición. Antonieta deja de huir. Empuja a la silueta cada vez con más fuerza, mientras habla.

¡Necesito liberarme de ti, de tus prohibiciones, tus limitaciones... para poder vivir de verdad! No tienes idea de lo que llevo dentro, de lo que me alimenta como mujer, de lo que tengo miedo y de lo que adoro. De lo que realmente quiero. Cuando me casé, todavía era una niña, de sentir virginal. Renuncio a estar a tu lado, porque me niego a pasar el resto de mi vida sin conocer el Amor, la Pasión... Me libero de ti en este preciso momento, y para siempre. Soy feliz al lado de mi hijo, y no contigo. Mi deseo mayor es que *Toñito*, porque *ese es su nombre*, sea independiente y fiel a si mismo, no egoísta y dominante como tú. Mi felicidad está en otro lado. Es el mejor regalo que puedo hacerle a mi hijo: ser fiel a mi misma.

La silueta desaparece.

No quité el dedo del renglón, hasta que logré divorciarme. Nunca pensé que Albert iba a oponer tanta resistencia, pero ya estaba decidida, y no iba a dar un paso atrás, así se cayera el mundo entero. Cuando tuve en mis manos la sentencia de divorcio, sentí como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Lo malo fue que desde ese día, Albert se convirtió en mi más acérrimo enemigo, y empezó a atacarme dónde más me duele: nuestro hijo.

Ha intentado por todos los medios quitármelo, alejarlo de mí, y creo que dentro de muy poco se saldrá con la suya. Mi situación ya no es tan favorable como antes...

VI. *Manuel.*

Se ilumina un retrato con la figura de un hombre. Antonieta sonrío. Se acerca a él y lo observa con detenimiento.

¡Qué tipo tan antipático! Cree que lo sabe todo... Es ególatra, vanidoso y egoísta. Sin embargo, tiene algo de misterio que me atrapa. Su mirada, su color de piel, sus manos... y esos ojos azules que me enloquecen... *Manuel Rodríguez Lozano*, soy su más fiel devota. Es usted un ser sensible, inteligente, bondadoso... pero lo han herido demasiado, igual que a mí. Por eso necesita enfrentarse al mundo con esa máscara de dureza. Siempre tan educado, tan elegante, tan propio... Es un gran pintor, pero poco apreciado... ¡Yo me voy a encargar de que todos le brinden el reconocimiento que merece!... Aún recuerdo aquel día, en tu taller, cuando me dijiste: "Se que usted es amiga de Diego Rivera, pero me siento obligado a decirle que considero su obra comercial, bonita, pero insustancial... Soy un crítico muy severo, y pinto mucho mejor que él y sus amigos. No me paso la vida viviendo bajo una concepción de cómo debería de vivirla, ni de acuerdo a lo que piensen los demás. Vivo mi vida tal como la siento. TOTALMENTE. ¿Tiene usted suficiente entereza para ser mi amiga? El camino a la perfección podría resultarle insoportable." ¡Y sí que lo era!

Primero me hice su amiga, y conforme lo fui tratando más y más, ocurrió lo inevitable: pasé de la profunda antipatía, al amor más sublime, perfecto, e incondicional... Pienso en usted todo el tiempo. Busco pretextos para encontrarnos varias veces en el transcurso de la semana... con excepción del Domingo. Es el único día en que no coincidimos, y eso me hace sentir frustrada. ¿Piensa usted que eso está mal? Mi único consuelo es escribirle. Desde una pequeña nota, hasta una carta. Me ayuda a sentirme mejor. Sólo así me atrevo a confesar mis sentimientos.

Antonieta toma una libreta y un lápiz. Comienza a escribir varias cartas. Lee en voz alta mientras escribe. En cada carta se abrirá una nueva ventana de luz. Ella se va desplazando a cada una de ellas. Se ajusta los guantes en cada cambio. Al terminar cada carta, la arranca de la libreta, y la lanza al aire.

“Manuel, perdóneme. Ambiciono ser la amiga perfecta y olvidarme de que soy mujer. Si pudiera ser la que soy sin ser la que fui... Suya. Antonieta.”

“Manuel: se acabaron los “despertares ácidos”. Toda mi dicha se la debo a usted. Yo no valía nada. Soy su obra y más que su obra. Porque la obra no ama, y yo le amo... Suya. Antonieta.”

“Manuel, vine volando, esperando contra esperanza que usted hubiera tenido que pasar por su casa, ansiosa por verle y pedirle que me diera la paz de sus ojos. Necesito verlo... Suya. Antonieta.”

“Manuel, soy la única mujer capaz de vivir con usted su vida. Acepto que le fui infiel, por torpeza cercené mi aspecto. Eso me duele tanto, más por usted que por mí. Usted es mi camino de perfección, el camino que me lleva a Dios. Suya, devotamente suya... Antonieta”.

“Manuel: necesito su amor. ¿No es tiempo? ¿Ya es tarde? Mi amor a usted es absoluto. ¿No hay para él lugar en su vida? Tengo tal necesidad de amor. Tómeme ya... He esperado y contra esperanza, esperaré. Pero necesito saber. ¿Puede darse un milagro? No quiero que me haga una mujer nueva que sea un juguete; si esta mujer que estoy siendo, si la que soy no es para usted, estricta y egoístamente, déjeme...”

Las ventanas de luz desaparecen. Antonieta suelta lentamente la libreta y el lápiz.

No quise ver a tiempo la realidad, a pesar de tener los indicios frente a mí. El amor ciego, y nos vuelve estúpidos... Tu excesiva atención a los hombres que te sirven como modelos, tu *querido amigo* Abraham, o mejor dicho, *tu gran amor*, te resulta más interesante que yo... a pesar de estar muerto. Nunca lo olvidaste... Pensé: "Antonieta, Él estuvo casado con Carmen Mondragón. ¡Hasta tuvieron un hijo!"... Me aferré a la idea de que podía hacerte cambiar. Mi orgullo de mujer no me permitía aceptar que no estabas dispuesto a renunciar a tu modo de vida... al menos, no por mí... Con mucho dolor, tuve que conformarme con sólo ser tu amiga. Era eso, o dejar de verte para siempre.

La pintura comienza a desaparecer, poco a poco.

Aunque no me veas como mujer, te estoy muy agradecida. Ahora veo el arte con otros ojos, mis sentidos son más agudos... más allá de lo que yo misma pensé. Ahora puedo decir que nada hay más moderno, más justo, más hondo y real que un Rodríguez Lozano...

Aparece una marquesina. En ella se puede leer claramente "Teatro Ulises".

VII. Contemporáneos y Educación.

Tú y yo somos parte de Los Contemporáneos (*Aparece una fotografía donde aparecen Antonieta y una parte de Los Contemporáneos: Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Carlos Pellicer, Gilberto Owen, Bernardo Ortiz de Montellano, Jorge Cuesta, Elías Nandino y Malú Cabrera*)... Todos con un objetivo en común: despertar el amor por la cultura en México, darle calidad al teatro, tan comercial en esa época, sacarlo de la mediocridad... Primero a través de una revista, y después, en una vecindad de la calle de Mesones, el *Teatro Ulises*... Nos acusan de ser exhibicionistas, locos, arrogantes... pero tenemos un público fiel, deseoso de ver obras fuera de lo convencional (*Aparece una fotografía con las imágenes de Jean Cocteau, André Gide, Bernard Shaw, Lord Dunsany, Eugene O'Neill, Henrik Ibsen y Luigi Pirandello*), de dramaturgos hasta ahora desconocidos en México, y traducidos cuidadosamente al español tanto por mí, como por mis compañeros. Somos

un gran equipo de trabajo, hacemos todo: las escenografías, la dirección de escena, además de actuar, no dejando nada a la casualidad... ¡Yo, actriz! Y nada mala por cierto...

Antonieta comienza a actuar un parlamento de la obra "Orfeo", de Jean Cocteau.

"No se trataba de una máquina. Era bello y atroz. En el espacio de un segundo le he visto a usted atroz como un accidente y bello como el arcoíris. Era usted el grito de un hombre que cae por la ventana y el silencio de las estrellas. Me da usted miedo. Soy demasiado franca para no decírselo a usted. Si quiere usted callarse, cálese usted; pero nuestras relaciones no pueden ser ya las mismas. Yo le creía a usted sencillo; es usted complicado. Yo le creía a usted de mi raza; es usted de la del caballo."

Silencio.

Pero nada es para siempre, Manuel... El Teatro Ulises cerró sus puertas. Tu guerra de egos con Salvador y con Xavier hizo que el barco naufragara. Eso aún me duele. (*Poco a poco, se apaga la marquesina*). Una vez más, sólo hallé consuelo en mis libros y, por un corto tiempo, en mi humilde contribución en el Departamento de Cultura Indígena de la Secretaría de Educación Pública... Fue una lástima que no fructificara. La entrada de Emilio Portes Gil a la Presidencia echó abajo todo mi esfuerzo.

Antonieta toma un libro olvidado en el piso. Lo hojea.

Dada mi poca fortuna en el amor de pareja, me he refugiado en la enseñanza. La mejor arma para combatir la pobreza, la injusticia, el hambre y la desigualdad social, es la educación. Soy la mejor prueba de ello. Los libros son mis más fieles confidentes, y de mucha ayuda en los momentos más amargos. Veo en los jóvenes el hambre de superación por lo que empecé a dar clases en casa de Papá, unos meses después de su muerte. Hubiera continuado ahí de no ser porque Alicia me echó, estábamos muy enojadas la una con la otra... Ahora he continuado en mi nueva casa, en la calle de Monterrey. He convertido las habitaciones en pequeñas aulas improvisadas, y

todos los días están llenas de jóvenes, interesados en conocer la obra de Gorki, o de Chejov... Los autores rusos son los que más despiertan su interés... y también el mío. Esos muchachos son la prueba más fehaciente de que puede haber un futuro mejor, sobretodo *Andrés Henestrosa*, el caso más admirable. No le importó venir desde su humilde comunidad en Oaxaca hasta la Ciudad de México, para buscar una oportunidad, a pesar de no hablar español. Hago mi mejor esfuerzo para darle una formación literaria. Estoy segura que llegará a ser un gran escritor. El amor tan profundo que le tiene a sus raíces indígenas será su mejor aliado.

Se escucha de fondo el Pájaro de Fuego, de Stravinsky. Antonieta sonrío. Deja a un lado el libro.

Carlos Chávez... Tú sueño me conmueve, ya que es muy parecido al mío: que la Música sea otra forma de llegar a la Cultura y la modernidad. Eres tan o más incomprendido que yo. Tu meta es la Orquesta Sinfónica Mexicana, y gracias a mis contactos, incluyendo al Presidente Portes Gil, conseguí los recursos indispensables y más allá de eso. El 28 de Diciembre de 1928, a las ocho y media, la Orquesta Sinfónica Mexicana dio su primer Concierto. A pesar de que todo era un caos, y los miembros de la Orquesta fueron vestidos como se les dio la gana, el evento pudo continuar sin mayor problema hasta el final. Eso sí, después me encargué de comprarles un frac a cada uno de los músicos, para que en ocasiones futuras pudieran ir presentables... Carlos... es una lástima que ahora estamos distanciados, y me hayas relegado del sitio que me correspondía, sin avisarme. Tu orgullo es tu más grande defecto...

VIII. José Vasconcelos.

Cesa la música. Aparecen una bolsa de mujer, un vestido, unas medias, unos zapatos de tacón bajo y un sombrero con velo, todos de color negro. Antonieta toma las prendas. Comienza a vestirse. El cuarto de hotel desaparece por completo, transformándose en la Catedral de Notre Dame. Se escuchan cánticos religiosos. Antonieta se persigna. Mira hacia el techo.

Aquí me tienes. Completamente derrotada. Supongo que me lo merezco... Pero me queda la satisfacción de que viví tal y como quería. Libre. Siendo yo misma. Eso no me lo pudieron perdonar, y francamente, ya no me importa. **María Antonieta Rivas Mercado no nació para ser una mujer como las demás.**

Da unos pasos y observa el lugar.

¡Cuánto silencio! Se respira tanta paz. Lo absurdo es que ni siquiera aquí me siento tranquila... Hace mucho que no venía a una Iglesia. De niña iba más seguido, y eso por ideas de mi madre y de mi nana.

Antonieta estruja la bolsa que tiene entre las manos. Suspira. Encuentra en una banca un saco. Antonieta lo toma. Se sorprende. Lee lo que está bordado en uno de los bolsillos.

“En el pensamiento luz, en la acción libertad, y en la intención amor...”... José, antes de conocerte, ya te admiraba. Eres el único hombre capaz de enfrentarte a Plutarco Elías Calles, el único que critica ferozmente sus abusos de poder. Son loables tus esfuerzos para hacer llegar la educación a los más desprotegidos. Si yo tuviera derecho a votar, lo haría por ti sin dudarlo... Aún recuerdo lo que me dijiste el día que nos conocimos... (Transición) “Mire, le voy a ser sincero: yo necesito a alguien que organice mis pensamientos. He leído sus artículos. Sé de su habilidad para escribir, y además sé que usted está interesada en lograr un cambio en México con respecto a la mujer, quien siempre ha sido tan utilizada, y después de su valiosa participación se le relega... Por eso me interesa incluirla en mi campaña. Si usted me apoya, yo me comprometo a otorgar el derecho de voto a las mujeres...”

Transición. Antonieta deja el saco sobre la banca.

Es increíble el magnetismo que ejerces sobre mí desde siempre. Aquella tarde en Toluca, cuando me invitaste a caminar, me confesaste tus sentimientos de soledad, que por fuerza acompañan al que, día tras día, se encumbra en la cima del Poder, y tu recelo a que pudiera cambiar tu esencia... Al día siguiente, cuando regresamos a la Ciudad de México, me sorprendió la

cantidad de gente que te dio la bienvenida. Toda una multitud, desde el inicio del Paseo de la Reforma, donde hiciste un alto a la sombra del Ángel de la Independencia, hasta la Plaza de Santo Domingo, donde realizaste un mitin...

Me fascina la sencillez con la que tratas a las personas... y que te gusta Rabelais, como a mí. Fuera de Papá, no había encontrado a otro hombre que estuviera de acuerdo con darle voz y voto a la mujer. Acepté de inmediato tu ofrecimiento. Con el paso de los meses, me he convertido en tu *Valeria*, como te gusta llamarme... Al principio, no fui muy bien aceptada en tu equipo de trabajo. Para la mayoría, sólo soy una rica aristócrata que busca una forma de ocupar su tiempo, que soy sólo literatura, y que lo único que quiero es manejarlos a todos porque tengo mucho dinero. Poco a poco, y gracias a mi tesón, logré que me aceptaran como una más. He trabajado día y noche, prácticamente sin descanso. Escribo, leo, traduzco e ideo proyectos de organización cultural, para conseguir el apoyo necesario para la campaña. Algunas personas de mi círculo de amistades, me han dado su respaldo financiero... También he hecho aportaciones considerables de mi propio capital. Nada es suficiente para cubrir la cantidad de gastos que tenemos que realizar para que tus propuestas puedan ser escuchadas hasta el rincón más humilde del País... Confieso con mucha vergüenza que ha sido tal mi necesidad de liquidez, que me vi obligada a vender unos terrenos propiedad de mi hermano Mario sin consultárselo. ¡Se enojó muchísimo cuando lo descubrió! Hasta la fecha, todavía no me lo perdona. Estaba cautivada por el aura del movimiento... Ahora comprendo cabalmente a mi madre. Uno es capaz de lo que sea con tal de proteger o defender a los que ama. Ella lo hizo para salvar a su hermano de la cárcel, hipotecando unas propiedades de Papá. No cabe duda que el amor puede volvernos ciegos y sordos. Y también un poco imbéciles.

Dejan de escucharse los cánticos religiosos. En su lugar, se escucha de fondo la Sonata Romántica de Manuel M. Ponce.

Viajando por las regiones más importantes del País durante la campaña, me doy cuenta que no conocía realmente a mi México, que mi vida actual era una burbuja. Ahora conozco el México de la gente humilde que lucha día a día

para llevar el pan a sus hogares, el que está sumido en la más absoluta miseria, en busca de una salida. El México necesitado de educación, el que está cansado de tantos abusos y de vivir con miedo, harto de esperar que sus representantes en el Poder se dignen a atender sus necesidades más apremiantes... A pesar de ser muy culto y capaz, José se siente abrumado por sus responsabilidades, e inseguro de transmitir en sus discursos lo que realmente quiere decirle a la gente, la necesidad de despertar su conciencia y animarlos a un cambio total en la dirección del País a través del voto. En un principio, los corregía, pero ahora redacta en forma íntegra cada discurso que él pronuncia ante las multitudes. No es difícil. Ya tengo la experiencia de los artículos que había escrito a favor de la mujer publicados por la revista *Latin America Speaks*. Todos tienen la certeza que soy yo quien está detrás de cada palabra, pero nunca lo han podido comprobar...

Comienza a escucharse en off un discurso de José Vasconcelos.

“Estamos aquí, por fin, y os traigo el mensaje de las aldeas y de los campos. Y en las aldeas y en los campos no he ido a hablar con los millonarios, porque esos viven en los palacios fabricados en las colonias de lujo; no he ido a tratar con lo que llaman la reacción, porque la reacción vive aquí, y yo he andado por los lugares donde vive el pueblo trabajador. Es pues, este mensaje de hombres libres, de hombres pobres como vosotros y como yo; el mensaje que os traigo, el mensaje que dice que en esta vez ya no va a haber imposición, porque el pueblo ha decidido que no la haya. Esto es lo que se me ha dicho en Sonora, esto es lo que se me ha repetido después en todas partes: Señor Vasconcelos -me han dicho al despedirme-, usted ya se va. Recuerde que deja atrás hombres valientes, y que si usted llegase a faltarnos o a carecer de las energías necesarias, el pueblo de México ya no se detendrá; el pueblo de México, seguirá adelante, con o sin usted. ¡Este es el mensaje de los hombres libres!”

Se escuchan vítores, que cesan paulatinamente. Continúa la Sonata Romántica.

Él y yo, nos convertimos en una misma persona. Basta con una mirada para saber lo que pensamos, y lo que queremos decir... Compartimos el sueño de llegar a la Presidencia y convertir a México en un mejor lugar para sus hombres y mujeres. Somos amantes. No nos importa, a pesar de que él todavía es un hombre casado, y que yo aún estoy legalmente ligada a Albert... Tenemos que ser muy discretos para que nadie se entere... o casi nadie.

Cesa la música. Todo queda en silencio.

La fecha de la Elección Presidencial se acerca... La presión sobre José y todo el equipo comienza a aumentar. Calles no está dispuesto a dejar el Poder, aunque tenga que recurrir al crimen. En pocas semanas, muchos vasconcelistas han sido brutalmente asesinados. Todo es válido con tal de imponer a *Pascual Ortiz Rubio* en la Presidencia. A José le insisten mucho que debe portar un arma para defenderse, pero él se niega. Mi amado prefiere emular la postura de *No Violencia* de Mahatma Gandhi. Está convencido que un cambio verdadero se puede producir en el País a través de la vía pacífica, sin armas de por medio... A duras penas, lo convencieron de llevar una pistola consigo, pero me repite una y otra vez que sólo la utilizará en un caso de vida o muerte.

Todo se ha vuelto más y más caótico. Hemos perdido el control de la situación. Vivo con el temor de que a José lo puedan matar, o de que le hagan daño a mi Toñito, o a alguno de mis hermanos, o a mí misma.... Un día, llegue a casa, y encontré a mi hijo muy asustado. Mi chofer y mi nana me explicaron que habían intentado secuestrarlo al salir de la escuela. Sentí miedo, rabia, desesperación... No tengo la certeza de quien haya sido el autor intelectual. Albert ya me había amenazado con llevarse por la fuerza a Toñito si no lo dejaba verlo... Pero también Calles tiene sus motivos: que le retire a José mi apoyo.... La incertidumbre me consume día a día. Y la culpa también. No sé si hice bien en llevar las cosas tan lejos. Aunque mi niño nunca me lo reprocha, se siente un poco abandonado por mí, por estar tan involucrada en la campaña. Frecuentemente, tengo que dejarlo solo, al cuidado de mi nana y de Amelia. No sé cómo puedo aguantar tanta presión.

Sólo me mantiene a flote mi amor por José y por mi familia, y la certeza de que los vasconcelistas vamos a derrotar a Calles en las urnas...

Entonces, ocurrió aquello... Una noche iba en compañía de Amelia y de Malú a un concierto que ofrecía Carlos Chávez. De pronto, vi una multitud pasar por la Alameda, gritando consignas en contra de Calles. (*Se escuchan voces provenientes de una manifestación*) Alcancé a ver a Andrés entre los manifestantes, y supuse que José estaría con ellos. Me disculpe con Amelia y Malú, y me baje de inmediato del auto en el que íbamos. Camine junto con los manifestantes hasta una placita cercana a mi antigua casa de Héroes. Ahí, *Germán Del Campo*, uno de los más fieles seguidores de José, comenzó a hablarle a la gente, a lanzar acusaciones en contra de Calles y sus seguidores. Todos estábamos tan concentrados en su discurso, que nadie se dio cuenta de la presencia de unos autos con placas oficiales estacionados cerca de un cine. De pronto... varios tipos armados salieron de los autos y comenzaron a disparar (*Se escuchan sonidos de balas y gritos, Antonieta se tapa los oídos*). Germán cayó frente a mí y a Andrés. Murió casi al instante. Yo traté de auxiliarlo, pero Andrés me jaló, y me dijo que era inútil. Toda la gente empezó a correr, tratando de escapar. Muchos empezaron a caer a nuestro alrededor, muertos o malheridos. Andrés y yo no paramos de correr hasta que llegamos a un sitio de taxis y abordamos uno. Ninguno de los dos habló en todo el trayecto a mi casa...

Cesan los balazos y los gritos. Nuevamente se escuchan los cánticos religiosos. Antonieta se ajusta los guantes.

Estoy aterrada. El impacto que me causó la masacre fue reemplazado por el miedo a que me encarcelaran. Mientras huíamos del lugar, un Policía me identificó... Calles y su gente no se van a tentar el corazón para castigarme. Siento mucha angustia por la suerte de José, de Andrés y de la gente más cercana al equipo de campaña. Pero mi propio miedo lo supera todo. ¡Lo admito, soy cobarde! ¡Sólo quiero huir a donde no me puedan encontrar, y en ocultar a mi hijo hasta que todo vuelva a la normalidad!... Alicia no quiere recibir a Toñito, su marido se lo prohíbe, por la amistad que tiene con Albert... Sólo *Cristina Rule*, la madre de la novia de Mario, aceptó esconder a mi hijo

en su casa... Me voy a Nueva York... Allá encontraré refugio con *José Clemente Orozco* y su esposa... Un nuevo amigo entra a mi vida: *Federico García Lorca*. Él, junto con su grupo de amigos, hace un poco más llevadera mi nueva condición de exiliada.

Se escucha en off un fragmento del poema Ciudad sin sueño, de Federico García Lorca.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.

No duerme nadie.

Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.

Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan

y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas

al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros.

La vida bohemia del grupo es como un bálsamo para mí... Necesito regresar a la escritura de mis propios proyectos, que tanto he postergado. Quiero montar una exposición del trabajo de Manuel y sus protegidos. Ya le pedí que me envíe bocetos cuanto antes... Ahora me doy cuenta que la vida política de México me estaba consumiendo...

IX. El destierro.

Desde mi nuevo hogar, me entero del curso que toma la Elección. Es una pesadilla: soldados custodiando las casillas electorales, gente a la que no se le permite votar bajo amenazas, casillas que cierran antes de tiempo, robo de urnas, quema de boletas... Al final del día, se consuma todo: *Pascual Ortiz Rubio*, del *Partido Nacional Revolucionario*, millones de votos, *Pedro Rodríguez Triana*, del *Partido Comunista*, cuarenta mil votos... *José Vasconcelos*, del *Partido Antirreeleccionista*, doce mil votos... Doce mil votos.... ¡Doce mil votos! No puedo creerlo. ¡La elección más fraudulenta de la historia de México se había llevado a cabo ante los ojos de todos, y nadie pudo hacer nada! Lo más triste es que la gente que antes apoyaba tan

decididamente a José, ha claudicado, ya sea por miedo o por resignación... Una vez más, el pueblo de México se somete ante la represión del Círculo de Poder, y se resigna a su suerte. “Más vale malo conocido, que bueno por conocer”, dicen muchos... Los días pasan, mi desconcierto se convierte en enojo, y el enojo da paso a la ira. Una ira que nunca había sentido. ¡Una profunda rabia en contra de mi País, que teniendo la oportunidad de cambiar las cosas, permite una vez más, que un puñado de gente sin escrúpulos decida su destino! ¡SIENTO TANTA VERGÜENZA DE SER MEXICANA! ¡Yo, que tan orgullosa estaba de mis raíces, ahora quiero arrancarlas de cuajo, quemarlas, destruirlas por completo, que no quede NADA!... Y para colmo, Albert gana la última batalla: el juicio de divorcio, y por ende, la custodia de mi hijo. (*Se sienta*) Eso fue suficiente para que perdiera el control y... (*Antonieta se convulsiona. Cae al piso.*) Lo he perdido todo. Mi hijo. Mis bienes. Mi familia. Mis ideales. La campaña presidencial... Todo fue un fraude... (*Observa a su alrededor. Poco a poco se tranquiliza. Se recuesta.*) En este cuarto blanco hay tanta paz. Dejo que los médicos y enfermeras hagan su trabajo. Necesito trabajar en mis proyectos. Quiero irme. (*Transición*) “No puede hacer eso. Necesita descansar. Sufrió un “breakdown”. “Breakdown” (*Ríe*) ¡No lo puedo creer! Creo que tanta presión hizo su efecto... Mis enemigos se salen con la suya. Me han derribado... pero me voy a levantar. (*Con dificultad, Antonieta se pone de pie*).

X. *Mi regreso a Francia.*

José, como estatua de sal te desmoronas poco a poco. No puedes lidiar con tu derrota, te sientes impotente ante la injusticia cometida. Te expulsaron de México, a cambio de no ser encarcelado, por un intento fallido de levantamiento en armas... Tú ánimo ha decaído. La luz de tus ojos ya no está. Te has llenado de amargura y resentimiento. Ahora sólo eres un hombre, tratando de buscar una razón para seguir adelante... Estás desprovisto de todo tu brillo y grandeza... No sé qué será de nosotros... No sé si te sigo amando...

Después de recuperar a mi hijo... más bien, de robármelo, porque no me quedo de otra, decido irme con él a Francia, a empezar de nuevo. José se

reunirá con nosotros después... *Era preciso que me fuera, que quemara mis naves, que me hundiera solitaria en lo desconocido, como un ladrón que ha robado una joya cuyo precio ignora, para finalmente atreverse a abrir los dedos cerrados y ver qué es lo que cogió. Corría el riesgo tremendo de hallar un vil guijarro en vez de una esmeralda inalterable, pero justamente para no seguir viviendo en el engaño había que lanzarse del trampolín. Eso y no otra cosa hice.*

Mi conexión con José continúa a través de la publicación de nuestra revista. Le pusimos el nombre de *La Antorcha*. Todo parece marchar bien... Mientras tú consigues fondos en Centro y Sudamérica, yo redacto los artículos que aparecerán en los primeros números. Debo confesar que ya no podré aportar más dinero. He perdido toda mi fortuna. Sólo me queda lo necesario para poder vivir frugalmente junto con mi hijo en Burdeos... En los últimos meses, mi escasez de dinero ha llegado a tal grado que tengo que pedir prestado a mis amigos más cercanos, tragándome el orgullo y la vergüenza. Papá... si me vieras ahora, te volverías a morir del dolor y la tristeza. Perdóname por haber caído tan bajo...

Ahora, José... que me he encontrado contigo, pensé que las cosas serían diferentes... Me doy cuenta que mis expectativas eran muy altas... Eres sólo un espejismo. Has cambiado tanto, eres otro. Ahora tienes otras prioridades... No has conseguido los fondos suficientes para sostener la revista, y quieres traer a vivir contigo a tu esposa y a tu hijo... ¿Y dónde quedo yo?... Quieres que regrese a México a arreglar mis asuntos y a recuperar la custodia de mi hijo. Me queda claro que he pasado al último lugar en tu vida. Me he convertido en una carga para ti... Eso me duele, no lo puedo soportar. ¡Yo necesito que me amen, ser indispensable para alguien! Me entregué a ti y a tus ideales por completo, pero no fui correspondida de la misma manera. Tal parece que el amor no fue hecho para mí.... Apoyé los proyectos y la carrera de tanta gente... y descuidé los míos.

Estoy tan cansada. Ahora sólo quiero dormir. Tener un poco de paz... (*Observa hacia arriba*) Perdóname Señor por lo que voy a hacer, pero es

necesario acabar con tanto dolor... Por quien más lo siento, es por ti, Toñito... Hijo mío, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Estoy segura que podrás superar mi ausencia. Eres un niño muy inteligente, y con el paso del tiempo, me entenderás... Tú sabes que a pesar de mis errores, te amo. Eres lo que más quiero en este mundo... Pero ya no quiero vivir más. Ya no puedo. Lo entregué todo, y me quedé con las manos vacías. ¿Qué te puedo ofrecer en estos momentos? ¡Nada! ¡Perdí hasta mi País! ¡Ya no puedo regresar a México! Ya no soy yo... Hijo, ojalá algún día puedas entender que esta es la salida más digna que me quedó. Espero que te cuenten mi historia, y quién fue tu madre. Y después que sepas todo lo que fui capaz de hacer por amor, por México, por defender mis ideales... tengas un mejor recuerdo de mí... de lo bueno y de lo malo.

El dolor no es sino el tránsito de la materia opaca al reino del espíritu.

Antonieta saca una pistola de su bolsa. Se apunta en el pecho, cerca del corazón. Se escucha un disparo. Se desploma sobre la banca, muerta. Se desprende del cuerpo de Antonieta un haz de luz, que va elevándose poco a poco hacia el techo, cobrando cada vez más presencia. Finalmente, desaparece.

Oscuro final.

Esta obra está basada en la vida de Antonieta Rivas Mercado, e inspirada en los libros “A la sombra del Ángel” (Kathryn S. Blair), “Antonieta” (Fabienne Bradu) y “Correspondencia” (Antonieta Rivas Mercado).

Se incluyó un fragmento del poema “Amor condusse noi ad una morte”, de Xavier Villaurrutia, un fragmento del poema Ciudad sin sueño del libro Poeta en Nueva York, de Federico García Lorca, así como fragmentos de “Orfeo”, de Jean Cocteau y La campaña de Vasconcelos, de Antonieta Rivas Mercado.

FICHA TÉCNICA.

Estreno en: Foro Polivalente "Antonieta Rivas Mercado" (Biblioteca México).

Temporada: 2 de Agosto - 30 de Agosto del 2015).

Dirección: Gema Aparicio.

Escenografía e Iluminación: Carolina Jiménez.

Musicalización: David G. Martínez.

Asistente de Dirección: Annie Valenzuela.

Elenco:

Roxana Andrade (Antonieta Rivas Mercado).